

153 Rudolf Häsler. Retrato de Paul Bowles.

1997.

Acrílico sobre tabla. 21,1 x 29,5 cm.

Colección privada.

“Sólo los que sufren aislados, solitarios y grandes, plácidos y mesurados, serán los grandes del arte. ¡El futuro pertenece a los solitarios!”.

James Ensor

Éste es uno de los retratos más importantes que se han realizado en la segunda mitad del siglo XX. Pocas veces se ha retratado la extrema vejez con tanta agudeza y ternura. El orgullo y la dignidad de una persona extraordinaria, así como su inteligencia y sabiduría acumuladas con los años, el desapego que da el saberse cerca de la muerte, se perciben con sólo mirar esos acuosos ojos azules.

La fotografía y la gran tradición de la pintura europea se dan la mano en esta obra de madurez del gran artista suizo, sin que ninguna se imponga a la otra, dando lugar a una obra que es la síntesis total, la armonía de lo percibido objetivamente filtrado por el mundo subjetivo del artista. En esa modernidad que propugnaba Baudelaire, producto del equilibrio entre lo novedoso (con su aguda conciencia de la fugacidad) y lo eterno e inmutable (como certeramente lo expresó Jean Renoir cuando dijo: “Toda la pintura, desde la de Pompeya hasta la de Corot, parece originarse en la misma paleta”).

La pintura de Rudolf Häsler expresa a la perfección el cambio que acusó el arte europeo desde el advenimiento del daguerrotipo en 1838 hasta su triunfo absoluto en las artes visuales de finales del siglo XIX.

Tras unos inicios en los que exploró las posibilidades de la línea, experimenta en su etapa cubana las potencialidades del colorido. Para llegar a una etapa de síntesis, en la que produce una obra de una gran originalidad, tanto en los resultados como en el método. Realizando cientos de dibujos preparatorios con anotaciones sobre el color, auténticas partituras, en base a ellas realiza en la soledad del taller el cuadro. Trabajando como un pintor antiguo, como si la fotografía todavía no existiera. Más adelante, con el descubrimiento del arte pop y del hiperrealismo, su pintura va a dar un cambio importante, el último y definitivo. La estética fotográfica, aunque manipulada, vulnerada y “corregida” en sus defectos (planitud, acentuación casi expresionista de los escorzos, deformaciones de la perspectiva, ect.), va a marcar definitivamente su pintura de madurez. Pero aun habiendo introducido en su obra ese componente ingrato, ese “convidado de piedra” que es la fotografía, su pintura se salva por un uso “idealista” del color, por una exacerbada sensualidad que trasciende y “desrealiza” a esas extraordinarias pinturas, híbridos de realismo, abstracción (en su acentuación algo geometrizable de los ritmos lineales), conceptualismo y expresionismo colorista, en una incansable búsqueda de la belleza que caracteriza a su tiempo.